

man. Pero ¿y los abencerrajes? Y ese Aben-Hamet, ¿no ha de llevar su merecido?

—Para todo hay recurso, señor. Mañana mandas con gran sigilo á todos los abencerrajes y ese Aben-Hamet que se presenten uno á uno en palacio. Tienes un salon preparado con gente armada y un verdugo, y segun vayan entrando, que caigan sus cabezas al golpe del cuchillo. Pocos te se podrán escapar, pues hoy ha vuelto Muza con todos los que le acompañaron.

Al dia siguiente fué acusada públicamente la reina de adulterio, dándole un término de quince dias para que buscase campeones, debiendo morir quemada si no los encontraba, ó si vencian los mantenedores de aquella acusacion.

Tambien aquel mismo dia quitaron la vida en una sala del *Patio de los Leones* á treinta y seis abencerrajes, y entre ellos á Aben-Hamet, no siguiendo esta carniceria por haber descubierto la traicion el paje de uno, quien comunicándola á Malique Alabez, corrió la voz de unos en otros, pudiendo libertarse los demás.

### Capitulo XXXVIII.

Continuacion del anterior.

En un reducido espacio de la *Torre de Comares* estaba la reina Moraima, presa por orden del rey, rodeada de su dama Zelima y de su doncella cristiana Esperanza de Hita, que á fuerza de consejos y perseverancia habia logrado convencerla de lo falso de su religion, y que deseara convertirse á la católica.

Preciso es confesar que contribuyó mucho tambien la desgraciada situacion en que la colocara el miserable é impetuoso carácter de Boabdil.

Muy agitada parecia hallarse Moraima en aquel momento.

Iba de una parte á otra de la estancia, se acercaba al único ajimez abierto que tenia el aposento, mi-

raba por entre la espesa celosía que lo cubría, y tornaba á separarse suspirando profundamente.

—¡Cuánto tarda!—exclamó con pena una de las veces que se quitaba del agimez.

—No desesperéis, señora,—la contestó Esperanza;—aun no hay tiempo para su vuelta.

—¡Cómo! ¡Si salió esta mañana al ser de día!

—¿Y quién responde de los entorpecimientos que puede haber encontrado el mensajero?

—¡Qué! ¿Imaginas acaso que mi solicitud no podrá hallar cabida en el corazón de esos cristianos? Respóndeme con franqueza, Esperanza.

—Libreme Dios, señora, de tal pensamiento; eso sería una inculpación á esos nobles caballeros. Además, ¿no fui yo la que os aconsejé, cuando supe vuestra resolución de haceros cristiana si salíais bien del juicio, que os pusiérais bajo su protección, que ellos son valientes y nobles, como españoles, y pronto hallareis cuatro campeones decididos á sostener vuestra inocencia? ¡Y quereis ahora que yo sospeche!...

—¡Ah! Perdóname, mujer. ¡Pero es tanto lo que padezco! Deseo por momentos que se efectúe el juicio para abrazar tu religión, pues una voz interior me dice sin cesar que en ella hallaré los consuelos que necesito.... Tú me has convertido... ¡Más qué loca soy, Esperanza! ¡Cuento con el porvenir, teniendo á la vista mi sepulcro!

—Vaya, alejad esas melancólicas ideas. Vivireis, sí, vivireis. Sabed que los caballeros castellanos exce-

den en valor y brios á los musulmanes, y pondría las manos en el fuego por que sólo don Juan Chacon era capaz de vencer á los cuatro acusadores; con que ya veis si con otros tres más... ¡Bah! Para cuatro caballeros del campo de don Fernando no son bastantes cuarenta sarracenos. Si os refiriese las increíbles hazañas de don Hernando Perez del Pulgar, del conde de Cabra, de Ponce de Leon... Vaya, vaya; vivireis, señora, vivireis.

—¡Me infunden aliento tus palabras, y el alma se dilata y entrevé una vida llena de calma y de delicias!... Hablemos de los cristianos, sí; eso me dá la existencia. Dices que es tan buena la reina doña Isabel... ¡Ay! Ansiando estoy por besar sus plantas.

—¡Señora, señora!—gritó en este momento Zeli-ma, que habia estado mirando por la celosía.

—¿Qué?... ¿Es él?

—Sí, ahí está; le he visto por el ajimez.

—¿Veis, señora, cómo tenia razon?—dijo Esperanza.

—¡Oh, gracias, Dios mio!—exclamó la reina, elevando las manos al cielo.

Abrióse en esto la puerta de la torre, y se presentó un esclavo.

Era el enviado que con el mayor sigilo habia dirigido la reina al campo de los cristianos, pidiendo auxilio en su apurada situación.

El mensaje iba encaminado, por consejo de su doncella Esperanza, á don Juan Chacon, guerrero de don Fernando, en el que le expresaba, que estando

su señora injustamente acusada de adulterio, y que habiéndosele concedido quince días de término para buscar campeones sostenedores de su inocencia, siendo arrojada al fuego, según las leyes mahometanas, si no los hallaba, ó si sucumbían los que escogiese, le pedía aquel favor, convencida de que triunfaría su inocencia si se dignaba acceder á su súplica.

A la vista del esclavo, precipitose hácia él Moraima.

—¿Entregaste mi escrito?—le dijo con impaciencia.

—Al mismo caballero.

—Y... ¿te ha dado alguno?

—Aquí está.

Y presentó un pergamino enrollado.

Arrebatósele Moraima de las manos, rompió la seda que lo aseguraba, y con balbuciente voz leyó:

El pliego se hallaba escrito en árabe, y concebido en estos términos:

«A tí, Moraima, reina de Granada é hija del ilustre Moraicel. Salud para que pueda besar tus reales piés, por la singular merced que me haces escogiéndome por tu campeón.

»Muchos y muy principales caballeros hay en esta corte que se darían por muy honrados, en que les mandarás lo que á mí; y puesto que yo soy el escogido en esta árdua empresa, obedezco y acepto, confiando en Dios, en su bendita Madre y en tu inocencia; y así te digo que el último día del plazo partiremos á servirte yo y tres caballeros más.

»Ruega á Dios, el cual te guarde y defienda.—Del campamento etc.—D. Juan Chacon.»

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó Moraima, cayendo de rodillas y desmayándose por la emoción.

Las damas acudieron á socorrerla.

—Si la reina ha escogido caballeros, como dicen, mucho tardan.

—¿Qué ha de haber escogido? ¿De dónde?

—Ella se tiene la culpa; ¿no le ofreció Malique Alabez lidiar por su inocencia y no quiso aceptar? Que muera la orgullosa.

—¡Eh! ¿Qué sabes de eso? Tú, como buen zegrí, quisieras su muerte; pero te llevas chasco: aún no son las doce y queda la mitad del día: ¿quién sabe lo que puede suceder?

—Allá lo veremos.

Esta conversación tenía lugar entre un grupo de moros apiñado en uno de los ángulos de la plaza de Bib-Rambla.

Este era el sitio señalado para la celebración del juicio.

En su centro habían construido un palenque, en donde se hallaban los cuatro acusadores esperando á los campeones de la reina desde las ocho de la mañana. Estos eran Mahomad el Zegrí, quien declarara al rey los impúdicos amores de Moraima; dos de sus sobrinos y el gomel Mahandon, los mismos que afirmaron la manifestación del zegrí.

Montaban todos soberbios caballos, trayendo sobre sus armaduras marlotas verdes y moradas, y en

las adargas unos sangrientos alfanjes, en los que se veía este lema: *Por la verdad se derrama.*

Un tablado cubierto con un paño negro se elevaba junto al palenque, donde aparecía la desgraciada Moraima acompañada de sus damas Esperanza y Zelima.

Debajo del tablado estaban los jueces del campo elegidos por Boabdil.

Eran Muza, su hermano, un moro de la tribu de los azarques, y otro de la de los almoradies.

Una hoguera se levantaba al lado opuesto de los jueces, custodiada por guardias del rey, donde había de ser arrojada Moraima si vencían los acusadores.

Numeroso gentío poblaba desde muy temprano los huecos de la plaza, ajimeces y azoteas de los edificios que rodeaban aquel anfiteatro.

Todos los corazones latían de impaciencia, y aún más los de los almoradies, almohades, moradines, gazules, benegas, alabeces y marines, que habían pensado arrancar á la reina de sus enemigos á su tránsito para la plaza.

Pero desistieron de su generoso empeño, habiéndoles hecho ver, que si bien la salvaban la vida, quedaría manchada su honra, pues creerían que se rehusaba el juicio, haciendo de este modo valedero el dicho de los acusadores.

Los abencerrajes habían sido desterrados por orden del rey.

Corrían las horas, y nadie se presentaba.

Una sonrisa insultante de triunfo vagaba en los labios de los acusadores.

Moraima, afligida, miraba á Esperanza, y esta le apretaba la mano, señalándola con la vista al cielo.

De pronto se oyó un tumulto hácia la puerta del nombre de la plaza, y á poco entraron por ella, haciéndose paso entre la muchedumbre, con gran donaire y soltura, cuatro caballeros vestidos á la turca, y montados en fogosos corceles, que no tardaron en penetrar dentro del palenque.

Sus ropas eran de color celeste, guarnecidas con franjas de oro y plata, y los albornoces de seda azul.

Sus turbantes, de toca de seda listada de oro y azul, formaban elegantes labores, descollando en ellos vistosas plumas blancas y rojas, que hacía ondular el viento.

En el escudo que con apuesta gallardía embrazaba el primero, aparecía un lobo en campo verde, despedazando á un moro, y encima una flor de lis con este lema: *Por su mal se devora.*

El segundo llevaba en su escudo un león rampante sobre campo blanco, teniendo á un moro entre sus garras.

El tercero, un águila dorada en campo rojo, abiertas las alas como volando al cielo, y llevando ácida por las greñas la cabeza ensangrentada de un musulmán.

El cuarto ostentaba una espada de cruz sobre

campo blanco, atravesando la cabeza de un moro.

Llegáronse los caballeros con marcial continente al pié del tablado, y dirigiéndose uno de ellos á la reina:

—Señora,—dijo el arábigo,—viniendo nosotros del otro lado de los mares á pelear con los famosos adalides del ejército poderoso del rey don Fernando el Católico, pues que hasta allí llega su fama, y sabiendo el lastimero estado en que os halláis, hemos corrido á este sitio para defenderos. ¿Quereis aceptarnos por vuestros campeones?

Iba á rehusar la reina diciendo que ya tenia, cuando su dama Esperanza le hizo una afirmativa seña con la cabeza.

—Acepto, generosos caballeros,—contestó Moraima.—El cielo os favorezca.

Hicieron una reverencia los turcos y volvieron sus caballos marchando en direccion á sus antagonistas.

—¿Sois vosotros los acusadores de esa gran señora?—preguntó uno.

—Sí,—contestó Mahomad.

—Pues mentís como villanos, miserables morrillos.

—Ahora lo veremos.

Preparáronse á la liza.

Pusiéronse unos frente á otros, enristraron la lanza, y á la señal de las trompetas partieron á galope, viniendo á encontrarse en el centro.

Terrible fué el choque.

Rompiéronse algunas lanzas, y vivos como la centellas continuaron el combate á pié y con espadas los contendientes.

Larga y terrible fué la lucha.

Más de media hora hacia que estaban empeñados sin que se declarase la victoria en favor de ninguno.

Si bizarros eran los partidarios de la reina, bravos eran tambien los moros.

Por último, al cabo de un cuarto de hora cubrían la arena tres cadáveres.

Eran los dos sobrinos de Mahomad y Mahandon el Gomel.

Los tres adversarios, algo heridos, se hallaban á un lado del palenque.

Pero no estaba aún declarada del todo la inocencia de Moraima.

Quedaban todavía lidiando en la arena el caballero que hablara á la reina y Mahomad el Zegrí.

En el resultado de esta lucha se cifraban las últimas esperanzas de los zegríes y de la sultana.

Aquel debía ser el fallo decisivo.

Ambos adversarios se hallaban á la sazón muy mal parados.

Peleaban á pié, porque el caballo de uno habia sido atravesado por la lanza contraria, y héchose trozos las de entrambos.

En el momento en que acabamos de fijar la vista en ellos, se estaban dando tantas cuchilladas, y mandobles tan fuertes y repetidos, que las espadas

saltaron hechas mil pedazos á larga distancia de ellos.

Viéndose desarmados, animados por un mismo pensamiento, abrazáronse á un tiempo el uno al otro, cual furiosos leones, dándose fuertes sacudimientos sin poderse derribar.

En este estado, retira una mano con presteza el zegrí, y pronto se vió en ella la ancha y reluciente hoja de un puñal, que sacó de debajo de su armadura.

Un grito de dolor resonó en toda la plaza.

Creían cierta la muerte del turco.

Pero este, que se habia apercibido de las intenciones del zegrí, sacando con la rapidez del relámpago una afilada daga, la hundió tres veces por debajo del brazo izquierdo del moro.

Un momento despues yacia este en tierra, revolcándose en su sangre.

Un vivo aplauso de los partidarios de la reina fué la señal de su triunfo.

Tan luego como el turco vió en tierra al zegrí, poniéndole una rodilla en el pecho:

—Dáte por vencido,—le dijo;—confiesa la verdad, y no te haré más daño.

—Es inútil,—contestó con moribunda voz Mahomad,—mi vida se acaba. Y puesto que pedís declare la verdad, sabed que tengo bien merecida la muerte, porque con objeto de vengarnos los zegries de los insultos que sufrimos de los abencerrajes en una fiesta de palacio, inventamos esta acusacion; pero Moraima es inocente y...

No pudo concluir.

El calumniador Mahomad habia dejado de existir.

Subió Muza en seguida al tablado, como juez del campo, y dijo en alta voz:

—Pueblo de Granada, la sultana es inocente.

Mil vivas estrepitosos resonaron entre la multitud.

Los zegries se retiraron cabizbajos y avergonzados.

Volvieron á montar prontamente en sus alazanes los caballeros turcos, y se acercaron á felicitar á Moraima.

—Gracias, valientes campeones: en mi corazon queda profundamente impreso el inmenso servicio que me habeis prestado.

Inclináronse despues respetuosamente ante la reina, y haciendo una graciosa cortesía, partieron á galope por el mismo sitio donde vinieron, á pesar de las súplicas de Moraima para que se quedase en Granada el resto del dia.

—Díme, Esperanza,—preguntó aquella luego que hubieron desaparecido,—¿por qué me hiciste seña para que aceptara? ¿Quiénes son esos caballeros?

—El que os pidió permiso para lidiar, y lo hizo con Mahomad, es el valiente cristiano don Juan Chacon, y los otros, los no ménos bizarros don Manuel Ponce de Leon, don Alonso de Aguilar y don Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles.

Pocos años despues de los sucesos que hemos referido anteriormente, tenia lugar con grande pompa

y aparato, en la iglesia de Santa Isabel, una solenne ceremonia.

Celebraban la conversion de una morisca á la religion cristiana, á quien bautizaron con el nombre de Clara de Granada, siendo madrina la misma reina de España.

Esta morisca fué en otro tiempo reina.

Nuestros lectores habrán adivinado su nombre.

Era Moraima.

Despues de la ceremonia se retiró al convento de Santa Catalina de Zafra, donde concluyó sus dias en la meditacion y en la soledad del cláustro.

Despues de esto el rey moro siguió el camino de las Alpujarras, y llegando á una altura se detuvo á contemplar por última vez la ciudad de Granada.

Al dirigir su mirada postrera sobre aquella ciudad, simbolo de su pasada grandeza, su corazon, oprimido por el dolor, llevó á sus ojos abundantes lágrimas.

—Llorad, llorad, —dijo á Boabdil su madre; —llorad como mujer, ya que no habeis sabido defenderos como hombre.

—¿Quién más desgraciado que yo?—contestó el rey.

Desde entonces aquella altura se llama *El suspiro del moro*.

La alegría que proporcionó el triunfo del ejército á toda España fué inmensa, y preciso es confesar, en honor de la verdad, que Colon participó de aquella alegría, y dió por bien empleada la tardanza que ha-

bia sufrido la realizacion de sus proyectos, puesto que con más elementos que nunca podria completar la gloria de los reyes.

La cristiandad llegó á todo su apogeo en España.

Fernando é Isabel, rodeados de una pompa extraordinaria, no eran ya considerados como simples mortales, sino como enviados de Dios para velar por la salvacion y la grandeza de su pueblo.

Acudió á la córte gran número de personajes ilustres, y Granada presentó durante mucho tiempo un aspecto encantador.

No se oia por las calles más que el ruido de las armas, el roce de los trajes de seda; y las justas, los torneos, las diversiones de todas clases, llenaban los dias de aquella venturosa ciudad.

Habia llegado por fin el momento que anhelaba Colon.

La guerra contra los moros habia concluido:

España se veia libre de sus invasores.

Los soberanos podian entonces ocuparse de sus proyectos, y cumpliendo las promesas que habian hecho, encargaron á agentes de toda su confianza, no ya que examinasen las ideas del noble genovés, sino que negociasen directamente con él las bases de su expedicion.

Fray Fernando de Talavera, que acababa de ser nombrado arzobispo de Granada, fué uno de ellos, el cual entonces, si no propicio del todo, se mostró más favorable que antes á los proyectos del extranjerero.